

Le parece "afectada" la pronunciación de las vocales abocinadas y nasales, "lo cual altera y desfigura la natural expresión y representación de las palabras" (p. 61). Esta artificiosidad fonética se muestra "en la amanerada gesticulación que es preciso adaptar" para pronunciarlas (p. 67), lo cual las convierte en "sones artificiales y forzados, no naturales" (p. 68), cuyo sonido se logra remedando "el mugido del buey" (p. 68).⁶ Todo esto le sirve como base para afirmar que la sicología francesa es vanidosa, puesto que "el gesto correspondiente a la pronunciación de las vocales nasales es de vanidad, porque el que habla nasalmente parece que habla para sí, para su cráneo" (p. 81). Es, además, melindrosa, lo que "se hace patente en la mueca que es preciso efectuar para pronunciar las vocales abocinadas [...] cuyo gesto es de mimo —*gaterie*—, por remedar la expresión afectada y melindrosa de los niños mimados" (p. 81). Con esto concluye, en la misma página, que "la sicología francesa es achacosa de infantilismo y, por consiguiente, tarada de inautenticidad".

En resumen, el librito de Iglesias Díaz sólo puede tomarse como contrapeso a ciertas muestras de patriotismo francés que fueron las que, a mi ver, lo motivaron. En este caso, cumple su función con exceso.

RAÚL ÁVILA

Facultad de Filosofía y Letras

CARLOS GARCÍA PRADA, *Poesía de España y América*, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, Madrid, 1958; 2 vols., 901 pp. (Colección *La encina y el mar*, núm. 25).

Se reúnen en esta obra las composiciones poéticas escritas en lengua española "que mejor parecen expresar el genio hispano en sus etapas sucesivas", desde los orígenes de la literatura castellana hasta nuestros días, aunque excluyendo la producción de los poetas nacidos después de 1910. Advierte el compilador desde el primer momento que "las poesías han sido seleccionadas más por su valor intrínseco que por el prestigio de sus autores"

⁶ Discurriendo así, sería posible suponer que a un francés le resultaría bastante "grosera" la articulación de la *z* española, en la cual parece que se saca la lengua al interlocutor.

(p. 10), y que, de acuerdo con sus propósitos y aspiraciones, ofrece en ciertos casos "sólo algunos fragmentos" de poemas excesivamente largos.

La antología va precedida de una *Introducción* (pp. 9-80), en la que García Prada presenta una breve "Historia de nuestra poesía" (pp. 12-36) y una no tan breve "Estética de nuestra poesía" (pp. 36-80). Los textos poéticos aparecen agrupados en cinco grandes apartados: a) De los orígenes de la poesía castellana al renacimiento; b) Del renacimiento al neoclasicismo (vol. 1); c) Neoclasicismo y romanticismo; d) Neorromanticismo y modernismo; y e) Postmodernismos. La fecha de nacimiento de cada poeta sirve como criterio único de ordenación.

Según explícita declaración del antologista, el libro no está escrito "para eruditos, críticos y antologistas, ni menos para quienes nunca preparan la antología con que sueñan", sino que está dedicado "a los amantes de la poesía en general, y muy especialmente a los estudiantes" (p. 11), con el fin de "orientarlos un poco". Tras leer esta precisa advertencia, debido será juzgar la obra atendiendo a la finalidad con que está realizada, aunque no parece enteramente clara esa dicotomía que establece el autor entre "eruditos, críticos y antologistas" por una parte y "los amantes de la poesía" por otra. Considerando que el libro se dedica *muy especialmente* a los estudiantes, con el fin de orientarlos, la objetividad, el rigor histórico y la precisión en las informaciones deben ser requisitos indispensables; y es el caso que no siempre los datos que proporciona García Prada son lo suficientemente exactos y concretos que deberían ser. Así, el hecho de hacer comenzar la poesía castellana por los cantares de gesta, suprimiendo toda información sobre la primitiva poesía lírica transmitida hasta hoy a través de las jarchas incluidas en las poesías árabes o hebreas, resulta subjetiva e imprecisa. Más subjetiva que orientadora puede parecer también la forma en que el antologista expresa algunas ideas que, en el fondo, podrían ser tal vez acertadas; así, cuando explica las transformaciones histórico-sociales que se producen en el siglo xiv como consecuencia del íntimo contacto en que los castellanos entraron con los árabes de Andalucía, bajo cuya influencia los rudos caballeros "poco a poco dejaron de oír las lamentaciones de quienes veían la vida humana como un lúgubre peregrinaje por el mundo, y se dieron a escuchar la risa alegre de quienes la veían como un espectáculo pintoresco, entretenido y amable"

(p. 18). Tampoco parece muy escolar la valoración poética de los romances medievales,¹ ni muy exacta la afirmación de que tanto los escritores románticos como los neoclásicos "eran hispanos enamorados del espíritu cristiano medieval, idealista y caballeresco" (p. 27). ¿No será tal vez un poco exagerado afirmar que los poetas hispánicos de los últimos noventa años "han elevado nuestra poesía a una segunda Edad de Oro, quizá más apasionante que la primera, por la extraordinaria riqueza y variedad de sus producciones, y más amplia y universalista, por las fuentes en que ha hallado estímulo e inspiración"? (p. 29). Podría también desorientar un poco a los estudiantes saber que Antonio Machado es el más "aterciopelado" de los escritores "modernistas" (p. 30), o que la poesía de Pedro Salinas es tan abstracta y geométrica, "que más parece arabesco sonoro que expresión de lo humano en su inevitable totalidad" (p. 31).²

Subjetivas me parecen también —más que escolarmente orientadoras— algunas valoraciones difícilmente comprobables; como la de considerar que la prosa española es inigualable "en vigor, frescura y originalidad" tras de reconocer su inferioridad, con relación a la inglesa, en lo que respecta a "elevación y profundidad" o, con relación a la francesa, en lo que se refiere a "exquisitez y pulimento artístico" (pp. 33-34). Comparaciones de este tipo más pueden confundir que orientar al estudiante lector. Como puede confundirle la relación que parece establecerse en el libro entre los nuevos ritmos —de la *rumba*, la *cumbia*, la *carioca*, el *mambo*— y la musicalidad íntima de la verdadera poesía. Aún más inoportuna resulta la impresionista confrontación que se hace en la página 60 entre las cualidades poéticas o "expresivas" propias de la española "palabra *Dios*, compuesta de sonidos consonantes, uno dental y otro palatal [l], que son sonidos *cultos*", y las de "la palabra inglesa *God*, compuesta de sonidos guturales y explosivos, bárbaros". Tam-

¹ "Leemos un romance popular, y tras el silencio en que termina, la fantasía vuela libremente, y enciende su lucecita para buscar lo que aquél dejó en la ilimitada penumbra del lírico misterio..." (p. 24).

² Aunque el caso de la "deshumanización" poética de Salinas —a más de pasajero— no es común, felizmente, entre los poetas hispánicos: como García Prada señala, la poesía de los grandes escritores iberoamericanos es siempre profundamente "humana", inclusive en el caso de la "turbia y reconcorosa" poesía de Pablo Neruda (p. 32).

poco resultan excesivamente penetrantes los comentarios con que se explica el poder evocador de palabras como *blando*, *frío* o *zig-zag* (p. 63).

Considero, en resumen, que —si el libro se pensaba dedicar a los estudiantes necesitados de orientación— habría sido más conveniente que su autor hubiese llamado sus apreciaciones personales y hubiera ofrecido, en cambio, a los lectores estudiantes una información objetiva más completa y rigurosa; habría podido, por ejemplo, reunir algunos breves datos biográficos de cada poeta seleccionado, y una síntesis del valor histórico-poético que puedan tener sus obras dentro de la evolución de las letras españolas.

P. ONTAÑÓN DE LOPE

Universidad Iberoamericana.

FEDERICO SÁNCHEZ ESCRIBANO y ALBERTO PORQUERAS MAYO, *Preceptiva dramática española del Renacimiento y el Barroco*, Madrid, Editorial Gredos, 1965; 258 pp. (*Biblioteca Romántica Hispánica. Textos: 3*).

Se reúne en este volumen una colección de textos escritos por dramaturgos y preceptistas españoles de los siglos xv a xvii, a través de la cual pueden rastrearse las ideas que sobre el teatro se expresaron en España a lo largo de casi tres centurias.¹ Así pues —aunque su título no lo revele— el libro es, fundamentalmente, una antología de textos referentes al arte dramático, que va precedida de sendos prólogos, obra de los profesores Porqueras y Sánchez Escribano.

El primero de ellos justifica la publicación de esta antología como una necesidad imperiosa e inaplazable, dada no sólo la trascendencia del tema, sino también la pobreza —y limitación— apreciable en la crestomatía de Chaytor.² En cuanto antología, la selección no parece “exhaustiva” ni siquiera “casi completa”, como Porqueras Mayo, en un comienzo, asienta (p. 10); y no lo es por las razones que los mismos antólogos declaran: porque

¹ Las páginas reunidas van de 1438 (la *Coronación* de Juan de Mena) a 1690 aproximadamente (*Ortografía castellana* del P. José Alcázar).

² H. J. Chaytor, *Dramatic theory in Spain*, Cambridge, 1925; xvi + 63 pp.